



CAMPO ABIERTO

Escribe:

- JOSÉ SALOMÓN GEBHARD

© Esther Margaritas

Registro: Marco Concha

Performace intervención callejera.
Bajo el marco de circuito de arte austral.
Puerto Varas 2021.

Desajustes democráticos y retóricas del silencio

JOSÉ SALOMÓN GEBHARD

Doctor en Literatura
ppsalomon@gmail.com

Con toda seguridad, los resultados del plebiscito de septiembre pasado, a favor de la opción rechazo a la nueva constitución, no sean tan sugerentes de analizar como el particular proceso que condujo a la derrota a quienes debimos cargar con el ya tradicional peso simbólico de la izquierda, nosotros los exaltados, los indigenistas, diversos y minoritarios, abortistas, radicales y plurales, que pretendíamos utópicamente colocar lo marginal en el centro. El color amarillo del triunfo se volvió el icono de la mesura y el diálogo, del acuerdo político y el consenso de las cúpulas. Para la clase política fue, en definitiva, la recuperación del lenguaje común de la élite, ininteligible y por lo mismo autoritario, que les había arrebatado la fuerza semiótica del estallido social con sus nuevas voces y sentidos. El triunfo del rechazo nos devolvió al tradicional lugar de silencio y censura a que nos hemos venido acostumbrando, por lo menos desde el día del Golpe Cívico Militar, cuando las políticas del silenciamiento y la censura despojaron a la sociedad chilena de su propio sentido del acontecer histórico y que en tiempos de postdictadura adoptaron el nombre de consenso. Creímos que con el estallido sería posible etiquetar el fin de la postdictadura, terminando con el último y más porfiado bastión militar, la Constitución de 1980. Como nada de eso ocurrió y, al parecer, es inevitable que nuestros deseos colectivos se vean frustrados, podemos concluir que el silencio es la forma discursiva más característica de la sociedad chilena,

una sociedad sin expresión, censurada, que vive el ocultamiento de su experiencia cotidiana y cuyo acceso al espacio público consiste, precisamente, en la experiencia del silencio compartido, tal como vivimos hoy el post-estallido.

Ya en la década de los noventa, el silencio democratizado trajo consigo la modificación de las prácticas de la censura como política de Estado e instaló la noción de consenso como ejercicio público de enunciación, no solo con el objetivo de aplacar la persistente amenaza militar, sino también de normalizar la vida cotidiana, en una construcción permanente de homogeneidad social y omisión de diferencias y alternativas, que ni los actuales discursos sobre la diversidad o la inclusión logran penetrar, en tanto los significados de lo diverso y lo inclusivo constituyen solo un capítulo más de la retórica del consenso nacida en esa misma década. Experiencias de lo cotidiano cuya valoración no traspasa la mera anécdota ni cuyos relatos alcanzan legitimidad discursiva. Desde los triunfos deportivos hasta la rutina del crédito, desde el temor a la delincuencia hasta la intimidad familiar, lo cotidiano ha perdido toda cualidad experiencial y, con ello, toda posibilidad de constituirse no solo en una mera narración, sino particularmente en un testimonio que garantice la representación de una experiencia significativa en la trama silente de relatos que urden los sentidos y símbolos en la sociedad chilena. La apelación al futuro, a la novedad y a la meta alcanzada, a la esperanza que nunca se pierde y al cambio que nunca llega, no son sino la cruel operación retórica con que se disfraza la monotonía de lo cotidiano, carente de experiencias pero plagada de frustraciones y promesas sin cumplir que, ellas mismas, no logran establecer una secuencia narrativa ni una temporalidad sin quiebres en la historia del país. El retorno a la continuidad democrática en los años noventa frustró las expectativas de cambios institucionales, de giros políticos, emergencias discursivas y aparición de nuevas subjetividades, pues la naciente democracia de los acuerdos debió operar estratégicamente en el proceso de transición, optando por la homogeneización de las diferencias y la anulación de la diversidad cultural antes que por los cambios esperados.

La retórica del consenso constituyó su instrumento de difusión, no solo entorpeciendo la emergencia de nuevos sujetos sociales, sino especialmente estableciendo un campo discursivo que se caracterizó por mantener la censura como expresión de consenso:

La noción de consenso político, que se limitó a la clase política durante la transición, se ha extendido culturalmente a la mayoría de la población chilena [...] el uso del vocablo pasó a internalizarse como una modalidad cultural en la clase política. Su expresión más gráfica es la propia palabra “concertación”, que no sólo sirvió de nombre para la alianza electoral y coalición de gobierno, sino de apelación a la ciudadanía para dejar de lado las visiones confrontacionales. El consenso reemplazó la lógica de la polarización y del enfrentamiento que rigió en la política chilena desde los años sesenta, y se instaló como una especie de dogma de comportamiento en el Chile post 1990 (Fernández, 1998: 35).

Dogma de comportamiento y extensión cultural constituyen los presupuestos sociales que posibilitaron la circulación pública de la retórica del consenso y se instalan como polos opuestos de la representación discursiva de identidades diversificadas o minoritarias.

El periodo iniciado en la década de los noventa, y que el estallido social no logró concluir, se consideró como una transición política indefinida, superficial e incompleta, como un largo período que se superpone e imbrica con el calificativo de postdictadura. En esta etapa de regulación de la sociedad chilena la administración del consenso tendió a la ambigüedad, a la posibilidad permanente pero nunca alcanzada, a la medida de lo posible, a la probabilidad de definir un presente que debe ser omitido para mirar a un futuro que, a casi cincuenta años de su inicio, se convirtió en un pasado que aún requiere explicaciones.

Al menos, en la reflexión de esos años existió un cierto acuerdo respecto de la baja calidad del sistema democrático resultante, no así en cuanto a la resolución de los límites del período, comienzo y fin, uno de los acápites más recurrentes del discurso político durante el período de los gobiernos concertacionistas. Desde variadas perspectivas se sentenció el fin de la transición,

como el momento de las reformas constitucionales durante el gobierno de Ricardo Lagos (2005) o el regreso al gobierno de la derecha política con Sebastián Piñera (2010). El pacto de la Nueva Mayoría no escapó a la intencionalidad fundacional de un nuevo período histórico a partir de su nueva denominación, como tampoco lo ha logrado el gesto renovador del actual Frente Amplio. Desde el punto de vista de las reivindicaciones de los derechos humanos, la detención en Londres de Pinochet en 1998 marcó otra posibilidad de poner término al proceso de cambio; también desde las narrativas de los movimientos sociales se postuló el fin de la transición en las movilizaciones estudiantiles, tanto en 2006 como en 2011, en la medida en que marcaron el postergado retorno a las calles de los movimientos populares. No es necesario reiterar que el estallido social no consiguió quebrar la insostenible presencia de la retórica del consenso, legitimada ahora por el plebiscito reciente. El azar también ha participado de estos esfuerzos por delimitar el término de la transición: para algunos el terremoto de 2010 constituyó el fin del período; para otros, el incendio del edificio Diego Portales que arrasó con el sector oriente de su estructura central en el año 2006¹.

A comienzos de la postdictadura, se construye un nuevo escenario social que redefine las relaciones entre actores y representaciones simbólicas, de modo que el campo cultural se transforma en un espacio que reprime los conflictos de sentido y pluralidad de identidades, con el objetivo de que el consenso democrático construya una unidad homogénea en torno a los múltiples lugares de enunciación y posiciones críticas frente a las interpretaciones que la literatura, y el arte en general, emitía sobre el proceso político del momento. Nelly Richard (2000) calificó de “teatro de representaciones” a este nuevo escenario: “el escenario de las mediaciones simbólico-institucionales donde códigos e identidades traman interactivamente significaciones, valores y poderes” (97). Para esta autora,

El escenario democrático ha hecho prevalecer una dimensión de cultura espectáculo que lo llena de visibilidad y de figuración numérica hasta que el simbolismo complaciente de lo

mayoritario borre los matices del pliegue crítico-reflexivo y disipe las ambigüedades de todo lo que no contribuye directamente a la vistosidad de las actuaciones. Esta dimensión de cultura-espectáculo ha privilegiado un modelo de pluralismo que se congracia con la pluralidad reuniendo la mayor diversidad de opiniones, pero cuidándose de que ninguna confrontación de tendencias desarmonice el equilibrio que lleva las diferencias a coexistir pasivamente bajo un régimen neutral, alineadas todas por igual bajo la fórmula reconciliatoria –y conciliadora– de la suma (2000: 105).

Pluralismo sin confrontación, diferencias sin representación y neutralidad cultural son los ejes que sostienen la dinámica retórica del consenso cuyo objetivo, como ya se sostuvo, se consolidó mediante la homogeneización discursiva de las diferencias y la anulación de la diversidad cultural.

El caso paradigmático de producción textual bajo esta retórica consensual lo constituyó lo que en su momento se denominó el Boom editorial o Nueva Narrativa, conjunto de autores y textos signados por la lógica mercantil de editoriales transnacionales que publicaron en la primera mitad de los años noventa a autores chilenos con gran aparataje publicitario. Un conjunto de textos narrativos que retornó al paradigma consensual de representación realista, rechazando no solo el experimentalismo formal de, especialmente, la escena de avanzada de los años ochenta, sino también la politización del discurso literario presente en el género testimonial de denuncia política de las décadas anteriores. Cierta sector de la producción literaria asumió el consenso en su representación realista y el acatamiento de las ya consagradas formas sociales implementadas durante la transición económica. Cárcamo-Huechante (2007) ha analizado este punto, señalando que “el denominado ‘ajuste estructural’ fue también un ajuste cultural y/o un giro simbólico” (17), para lo cual establece una continuidad semántica desde la conferencia dictada por Milton Friedman en el edificio Diego Portales en su visita a Chile en 1975, el libro *La revolución silenciosa* de Joaquín Lavín publicado en la década de los ochenta, hasta desembocar en la novela *Mala onda*, de Alberto Fuguet, texto emblemático de la Nueva Narrativa.

Según Cárcamo-Huechante, en esta novela se grafica de forma patente la nueva discursividad consensual, y economicista, del recién iniciado período de postdictadura. Se puede calificar este período como la época de los discursos políticos subsumidos a las leyes económicas del mercado, como el tiempo de una (aparente) despolitización del sistema político: una institucionalidad concebida como un entramado de discursos ajenos a toda definición ideológica. Esto constituye, para Tomás Moulian (1997), la democracia protegida, la crítica de las ideologías y la muerte de la política, aunque pareciera vislumbrar una posibilidad de expresión alternativa, una posibilidad de discursos enunciados por subjetividades subalternas, marginales o minoritarias frente al consenso retórico de la postdictadura, cuando afirma que, frente a la inercia generalizada que ha impuesto el tiempo consensual de la postdictadura,

Hay por debajo un oscuro y lento trabajo de reconstrucción del tejido social, de constitución de sujetos. Incluso puede decirse que el peso de la actual neblina histórica indica la necesidad de buscar en el nivel de lo local un espacio de rehistorización molecular [...] esa orientación busca la recreación de sujetos que desde la particularidad, o sea desde su condición vivida y racionalizada, 'trabajada', se autoproduzcan como mediadores entre lo particular y una universalidad histórica (Moulian, 1997: 78).

Salazar y Pinto (1999) diagnostican la misma emergencia de subjetividades locales: "cada mazazo asestado a la civilidad (para profundizar la individuación y nivelar el piso del Mercado) ha aumentado la densidad de los sujetos y multiplicado sus redes laterales. La centrifugación de la institucionalidad aventó del espacio público a los sindicatos, núcleos de partido y organizaciones nacionales de masas, pero no ha podido aventar las redes sociales y culturales de refugio" (119-120). Es en este refugio cultural, en esta emergencia productora de subjetividades locales donde se localizan las narrativas que problematizan identidades de género, nuevas subjetividades y márgenes de lo literario, más allá no solo del consenso simbólico que supuso la

Nueva Narrativa, sino también más allá de la inercia discursiva generalizada del ámbito cultural de las décadas recientes. Al abrigo de este espacio social no reconocido, se recrean nuevas redes sociales y posibilidades de expresión identitaria, ajenas a la uniformidad de sentido que impulsó el consenso en todas sus manifestaciones.

Nelly Richard y Francine Masiello han señalado la emergencia de nuevas subjetividades que operan en confrontación a la retórica consensual de la postdictadura. La primera realiza un diagnóstico de la cultura en la década de los noventa, afirmando su carácter complaciente y conciliador con la nueva discursividad social y política, ajena a toda confrontación simbólica y a toda propuesta de variedad interpretativa en las construcciones de sentido, tanto en literatura como en arte:

La consigna de recuperación-consolidación del orden en la fase de transición democrática ha priorizado metas de estabilidad que tendieron a postergar los contrapuntos diferenciadores. Una cierta ritualización del consenso ha cumplido con eliminar las señas rememoradoras de cualquier enfrentamiento de posiciones que amenazaran con romper la voluntad general de apaciguamiento de los conflictos. Trasladada al campo de la cultura, esa consigna de moderación oficial ha favorecido las prácticas más acordes con el nuevo formato de distensión nacional que llama a aquietar en lugar de inquietar el orden del sentido, y ha desfavorecido aquellas otras prácticas que siguen concibiendo el lenguaje como zona de disturbios (2000: 106-107).

Richard destaca, por oposición, la presencia de estas subjetividades que desestabilizan el orden discursivo hegemónico de postdictadura, que no se inscriben en su retórica consensual. Son estas subjetividades las que producen los desajustes de representación, los desbordes discursivos que busca limitar y reprimir la retórica del consenso:

Desbordes de *nombres* (la peligrosa revuelta de las palabras que diseminan sus significaciones heterodoxas para nombrar lo oculto reprimido fuera de las redes oficiales de designación); desbordes de *cuerpos* y de *experiencias* (los modos discordantes en que las subjetividades sociales rompen las filas de la identidad normada por el libreto político o el spot publicitario con zigzagueantes fugas de imaginarios), desbordes de *memorias* (las tumultuosas reinterpretaciones del pasado que mantienen el recuerdo de la historia abierta a una incesante pugna de lecturas y sentidos) (2001: 27).

Censura y consenso son, así, los dos polos de la misma operación discursiva que tanto incluye como excluye nombres, cuerpos y memorias. Frente a esta operación retórica, para Masiello (2001) el arte producido en postdictadura implementa una estrategia de política cultural que pretende tensionar horizontalmente la relación binaria de términos vigentes bajo la cultura jerárquica de la postdictadura: lo culto y lo popular, hombre y mujer, centro y periferia; el arte de la transición es un modo de producción cultural que deroga o enfrenta dichas oposiciones para relevar la relación, no los términos que la componen: “A partir de las condiciones sospechosas de la cultura en la época postdictatorial emergen las dos caras de Jano, imagen emblemática del doble modo de hacer cultura: la insistencia en la doble mirada” (34). Masiello releva el reordenamiento conceptual que implica la ruptura de los binarismos subyacentes a la retórica consensual de la postdictadura, deconstruyendo la jerarquización simbólica de la hegemonía neoliberal en curso, particularmente desde una perspectiva de género para relevar la aparición de nuevas subjetividades en confrontación con la homogeneización discursiva neoliberal y que evidencian “una transición en las prácticas culturales centradas en la cuestión de la clase social y desplazadas ahora hacia los asuntos de la sexualidad y el género; una transición en los estilos de representación que oscilan entre un deseo por una totalidad modernizante y la celebración del pastiche postmoderno” (Masiello, 2001: 16). Como apunta Masiello, la ruptura de las jerarquías binarias posibilita la aparición de subjetividades subalternas signadas por lo local, por la definición de

género o por otra condición periférica que, desde el nivel de lo local, reconstituyen sus experiencias y sus escrituras desajustando los códigos normativos del consenso.

A lo largo del extenso período de postdictadura, comenzó a incubarse paulatinamente la idea del malestar como definición amplia del inconformismo con el estado de cosas en el país. Ya en el año 1998, el mismo en que el ex Ministro Mario Fernández definía el consenso, el Informe del PNUD reconoció la existencia del malestar como signo difuso que expresaba, en la población, una sensación de divergencia entre la esfera pública y la percepción sobre la propia experiencia: “la distancia entre las condiciones objetivas y las percepciones subjetivas señala una desazón. Las autoridades reconocen la existencia de un malestar difuso y mudo que no es fácil de explicar. La misma opinión pública se revela ambigua a la hora de evaluar el modo en que funciona la sociedad chilena” (PNUD, 50). A lo largo de todo el Informe, las estadísticas sobre el consumo de los chilenos se desenvuelven paralelamente con las ideas de malestar, desconfianza e inseguridad que atraviesan a la sociedad chilena, como efectos de una democratización incompleta, de una modernización parcial que ha dejado de lado los requerimientos de la vida privada, de lo cotidiano, las necesidades del individuo y los anhelos subjetivos: “la cara oscura del desarrollo chileno consiste, según el diagnóstico presentado, en un conjunto de hechos, objetivos y subjetivos, que producen inseguridad e incertidumbre. Estas situaciones, expresadas de modo difuso en el malestar existente, parecen ser el producto de un desajuste entre la modernización y la subjetividad” (PNUD, 223). Este desajuste ha quedado sin resolución, aún más, parece constituir el signo epocal de la postdictadura, pues en él se evidencia la contradicción entre el desencanto del sujeto y el ostentoso placer neoliberal por las estadísticas. Así, las manifestaciones culturales de subjetividades marginales, alternativas o minoritarias no han podido sino confrontar la política consensual de homogeneizar la sociedad chilena, al instalar voces divergentes que, frente a la obligación del acuerdo, oponen la representación de sujetos disidentes en sus prácticas culturales. La aparición de reivindicaciones

locales y minoritarias se contrapuso a las políticas de reunificación ciudadana suscritas por el consenso y articuló un nuevo tejido social, un espacio de comunidades específicas organizado en torno a propuestas identitarias emergentes que no tienen cabida en las políticas surgidas desde el Estado. Los movimientos sociales, en especial durante las manifestaciones de 2011 y durante el estallido social, pugnarón por levantar representaciones definidas desde la contingencia particular y lo local, como las identidades de sujetos migrantes, homosexuales, indígenas, mujeres. No obstante, la política supuesta tras la retórica del consenso, cuya más reciente expresión ha sido la estigmatización de la opción del Apruebo, ha negociado permanentemente la incorporación de estos contenidos culturales diversos dentro de la dinámica social de la postdictadura, de modo de cumplir con el mandato democrático que se le había asignado. En esta negociación de sentidos confluye, entonces, la ambigüedad semántica como estrategia política de instalación de un espacio público homogéneo, consensual, y sin conflictos que desestabilicen el precario ejercicio de ciudadanía. Por ello, hacer todo en la medida de lo posible, sin alterar la frágil convivencia social ni la institucionalidad heredada, constituyó uno de las frases más emblemáticas de la época. La propia caracterización de este período, como transición o postdictadura, sugiere de suyo un aparato conceptual indefinido e incompleto que, además, se diseminó hacia la reflexión crítica y los modos de configurar la periodización literaria y de describir los campos de producción textual legitimados y alternativos. En esta perspectiva, se ha reiterado la interpretación histórica habitual en Chile, que hace depender el ejercicio literario de procesos históricos mayores, sin articular el debate sobre los modos en que el campo cultural puede definir y moldear los procesos sociales, especialmente desde los lugares subalternos y excéntricos a los ámbitos de la política hegemónica. Es en estos espacios periféricos y minoritarios donde los sujetos rompieron el silencio con prácticas diversas de habla e identidad. Parte importante de la mejor literatura producida en Chile en los últimos treinta años pertenece a este campo excluido, que, desde el discurso de la

ficción, desde un verdadero giro ficcional, ha buscado instalar su propio testimonio de resistencia.

* * *

Nota

- ¹ La participación del azar en la dinámica histórica del país no es solo banalidad folclórica; en los discursos cotidianos de la población existe una cronología histórica que remite a las fechas de los movimientos telúricos para fijar los hitos principales de la vida (así se recuerda, por ejemplo, el terremoto de la Manivela el 8 de julio de 1971, debido a un popular programa televisivo que estaba al aire en ese momento). En cuanto al edificio Diego Portales, es importante recordar que en él se estableció el Poder Ejecutivo durante la dictadura y cuyo incendio terminó por arrasar simbólicamente la hegemonía de dicha autoridad que, de modo similar, había alcanzado el poder mediante otro incendio perenne en la memoria colectiva chilena: el ataque y posterior incendio del palacio de La Moneda en 1973.

* * *

Obras citadas

- Cárcamo-Huechante, Luis Ernesto. *Tramas del mercado. Imaginación económica, cultura pública y literatura en el Chile de fines del siglo veinte*. Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2007.
- Fernández, Mario. "El sistema político chileno: características y tendencias". Cristian Toloza y Eugenio Lahera (Eds.). *Chile en los noventa*. Santiago: Dolmen Ediciones y Presidencia de la República, Dirección de Estudios, 1998. pp. 27-51.
- Masiello, Francine. *El arte de la transición*. Buenos Aires: Norma, 2001.
- Moulian, Tomás. *Chile actual. Anatomía de un mito*. Santiago: Lom Ediciones, 1997.
- PNUD. *Desarrollo humano en Chile*. Santiago: Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, 1998.
- Richard, Nelly. *Residuos y metáforas (Ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la Transición)*. Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2001.
- Richard, Nelly. *La insubordinación de los signos. (Cambio político, transformaciones culturales y poéticas de la crisis)*. Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2000.
- Salazar, Gabriel y Julio Pinto. *Historia contemporánea de Chile I. Estado, legitimidad, ciudadanía*. Santiago: Lom Ediciones, 1999.